

## CAPÍTULO 28

### Conductas y factores de riesgo de la violencia entre iguales en adolescentes

Cristina Sánchez-Marchán, Ana Belén Barragán, África Martos, M<sup>a</sup> del Mar Simón,  
M<sup>a</sup> del Carmen Pérez-Fuentes, José J. Gázquez, y M<sup>a</sup> del Mar Molero  
*Universidad de Almería (España)*

#### Introducción

Uno de los problemas más graves de la sociedad actual es la violencia, dándose ésta en cualquier contexto o situación (Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013). La violencia, definida por Álvarez-García, Rodríguez, González-Castro, Núñez, y Álvarez (2010), se entiende como aquellas conductas que se llevan a cabo con la intención de causar un daño o un perjuicio.

Dentro de las distintas formas de violencia que actualmente se dan en nuestra sociedad, son la violencia entre los iguales y el abuso de poder en las distintas relaciones interpersonales, una de las problemáticas que más repercusiones está teniendo (Rigby, 2008). Cada vez son más las investigaciones que nos hablan de que está creciendo violencia entre los adolescentes, lo cual genera una alarma social dentro de todos los ámbitos sociales, especialmente desde la salud y la educación (Chaín-Pinzón y Libia, 2011). Actualmente los jóvenes se encuentran rodeados de situaciones que pueden implicar el uso de conductas violentas, desde el ámbito familiar o escolar hasta los propios medios de comunicación o el entorno social que les rodea (Mrug, Loosier, y Windle, 2008).

Situándonos dentro de este tipo de violencia, la violencia entre iguales en la adolescencia, se tiene que tener en cuenta que se trata de un momento de la vida en el que el individuo aprende de todos aquello que hace, pero además de las distintas conductas que observa en otros individuos y de las consecuencias que estas conductas tienen en los demás; por este motivo se deben de tener en cuenta a la hora de estudiar las conductas violentas todos aquellos factores personales, ambientales y de conducta que afectan a los adolescentes (Rosa y García, 2016).

Las consecuencias en el sujeto que ha sufrido o desarrollado conductas violentas en cualquier etapa del ser humano es muy grande, pero especialmente en la adolescencia, ya que es en este momento donde los individuos crean y desarrollan su identidad, marcando en esta etapa el camino o rol a seguir el resto de su vida (Berek, 2011). Se trata de un momento donde se producen cambios profundos afectando a todos los niveles, físicos, psicológicos y sociales (Garaigordobil, 2012).

Según Garaigordobil y Aliri (2013) la violencia tiene distintas justificaciones dependiendo de las situaciones en las que se den. Podemos distinguir entre la violencia entre iguales, pudiendo asociar erróneamente este tipo de violencia con la valentía y la demostración de que se trata de una violencia positiva. Violencia sexista, donde se justifica la violencia basándose en el dominio patriarcal y autoritario, ejercida contra las mujeres y los niños/as. Y por último la violencia ejercida hacia los grupos minoritarios que se perciben como diferentes, visión antepuesta a la tolerancia y la diversidad y en contra de las actitudes xenófobas o racistas.

Las personas en nuestra vida diaria nos vemos obligadas a mantener un contacto e interactuar con los demás individuos que nos rodean, pudiendo observar distintas formas de manejar estas relaciones. Una de las posibles formas es a través del abuso del poder, la autoridad o las exigencias, que cuando tiene lugar en la etapa de la adolescencia y en concreto entre el grupo de iguales de una forma repetida se conoce como “maltrato o intimidación entre iguales” (peer victimization) (Caldero, Salazar, y Caballo, 2012).

En la adolescencia, gran parte de este contacto con los demás se produce en el ámbito escolar y ya Ya Bernd y Perry en 1986 o Hartup en 1992 mostraban en sus estudios la importancia de la relación que

los alumnos tenían en la escuela con sus iguales, destacando en muchos casos que los iguales se consideran unos de los principales apoyos sociales y emocionales. Cuando estos iguales se convierten en individuos protagonistas de distintos actos violentos se habla de distintas formas de violencia dentro del ámbito educativo (Álvarez-García, Dobarro, Álvarez, Núñez, y Rodríguez, 2014). Como bien indican estos autores se puede dar violencia física cuando se da un contacto material para provocar un daño; violencia verbal cuando se utiliza la palabra para provocar el daño intencionado; exclusión social cuando se da un rechazo provocado por distintos motivos (como pueden ser el color de la piel, etnia o nacionalidad); interrupción en el aula, cuando se trata de conductas que interfieren en el ritmo y armonía del aula; y, por último, violencia a través del uso de la Tecnología de la Información y la Comunicación, utilizando estos recursos para provocar un daño.

Verse envuelto en situaciones violentas en el ámbito escolar en la adolescencia tiene repercusiones en las habilidades para interactuar con los demás (Undheim y Sund, 2010), en la propia conducta (Keelan, Schenk, McNally, y Fremouw, 2014), además de síntomas de depresión a causa de la ansiedad sufrida (Martínez, García, e Inglés, 2013), llegando a presentar un mayor riesgo suicida (Teruel, Martínez, y León, 2014) o relaciones sociales deficientes cuando se es adulto (Wolke, Copeland, Angol, y Costello, 2013).

Por la importancia, las consecuencias y la necesidad de actuar ante este tipo de violencia con el presente trabajo se pretenden analizar las conductas y factores de riesgo de la violencia entre iguales en la adolescencia.

### **Metodología**

Para realizar este trabajo se ha llevado a cabo una revisión bibliográfica de la literatura disponible acerca de la violencia entre iguales dentro de la etapa de la adolescencia, analizando aquellos documentos donde se centraba especialmente en los factores y las conductas de riesgo.

Se han consultado distintas bases de datos, como es el caso de Dialnet Plus, Scopus y Proquest utilizando distintos descriptores: “violencia”, “adolescencia”, “iguales”, “factores de riesgo”, “conductas de riesgo”. Estos descriptores se conjugaron con los descriptores booleanos AND y OR en la búsqueda realizada en las bases de datos anteriormente citadas.

La búsqueda se delimitó a artículos de revistas que estuviesen disponibles en la opción de texto completo, siendo posible la opción del idioma en español o en inglés. En relación con los años de publicación se aplicó un filtro manual donde se seleccionaron aquellos artículos de los últimos diez años.

### **Resultados**

Ya que la violencia entre iguales es un problema muy actual y teniendo en cuenta el peso que éste tiene a nivel social, académico e incluso personal, es necesario llevar a cabo un estudio específico de las conductas y factores de riesgo que se dan ante el uso de la violencia y poder inferir en ellos en edades tempranas (Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013). Se debe de analizar el nivel social, económico y cultural al que pertenecen los adolescentes como posibles factores de riesgo ante la violencia entre iguales (del Barrio, Carrasco, Rodríguez, y Gordillo, 2009; Pfiffner, MCBurnet, y Rathouz, 2001). A mayor nivel social-económico y cultural se justifica en menor medida la violencia entre iguales.

Este aspecto se lleva también al ámbito familiar, en el que se puede comprobar que los adolescentes de familias con mayor nivel social-económico-cultural muestran menores niveles de justificación de la violencia (Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013). Dentro del ámbito familiar encontramos un factor de riesgo relacionado a su vez con los medios de comunicación según García (2015). La problemática de violencia entre adolescentes ofrecida en los distintos medios de comunicación hace que se produzca un conflicto intergeneracional entre estos adolescentes y sus familias o incluso, dentro de los mismos centros educativos.

Actualmente debemos tomar conciencia de que los adolescentes viven rodeados de diferentes medios de comunicación y redes sociales y de las consecuencias que éstas pueden tener en el desarrollo de conductas violentas (Aguaded-Gómez, 2011; Muñoz-Miralles et al., 2014). Desde el punto de vista de la televisión podemos destacar la retransmisión de conductas relacionadas con el consumo de alcohol, tabaco y otras sustancias estupefacientes (Castro y Morales, 2013), violencia o roles de género que en edades tempranas pueden suponer distintos trastornos como pueden ser los problemas de autoestima, creando roles necesarios para ser aceptados por el grupo (García, 2015).

Este consumo de tabaco, alcohol u otras drogas es en sí, según diversos investigadores, un factor de riesgo a la hora de llevar a cabo actos violentos (Radliff, Wheaton, Robinson, y Morris, 2012; Pérez-Fuentes y Gázquez, 2010). Aquellos adolescentes cuyo papel es de acosador presenta un consumo superior de drogas que aquellos adolescentes no relacionados con actos de violencia (Carmona-Torres, Cangas, Aguilar-Parra, y Gallego, 2015).

Los actos y conductas violentas se pueden observar no sólo en películas o series, sino además en los mismos telediarios retransmitidos a través de televisión, siendo este un factor de riesgo ya que influye de forma considerable en las conductas, actitudes y valores de los adolescentes (Castro y Morales, 2013). Estos mismos autores nos advierten del peligro de los videojuegos, juegos de rol basados en la violencia, la destrucción y los comportamientos agresivos, factor de riesgo en la actualidad debido a la fácil disponibilidad y el gran uso que los adolescentes hacen de ellos.

Retomando la importancia de las familias dentro del desarrollo de conductas de riesgo para el desarrollo de actitudes violentas, nos encontramos ante una problemática social, laboral y económica en nuestra país que en muchas ocasiones ha afectado a la unidad familiar, como puede ser perdiendo el empleo, ampliando jornadas laborales dificultando así la necesidad de conciliar la vida laboral y familiar o incluso la necesidad de compaginar varios trabajos para poder suplir todos los gastos que conlleva una familia. Todo este conjunto de situaciones afecta de forma directa a los más jóvenes, los familiares se encuentran en una situación de estrés y agotamiento continuo que imposibilita o dificulta el dedicarles tiempo y atención en una etapa de sus vidas donde éstos son imprescindibles (García, 2015). Resultados que coinciden con los estudios llevados a cabo por Pérez-Fuentes y Gázquez (2010), donde se pone de manifiesto que aquellos adolescentes con escasa dedicación paterna, atención y despreocupación por parte de los padres sigue una correlación positiva en relación con las conductas violentas.

Es tal el peso de la convivencia del adolescente dentro de la unidad familiar, que estudios como el llevado a cabo por Zurita et al. (2015) muestra que aquellos individuos que vivían fuera de su residencia familiar, por ejemplo, en residencias, denotaba niveles muy altos de agresividad en comparación con iguales que sí vivían en su residencia u hogar familiar.

Todo individuo al nacer pertenece de manera implícita a un grupo social ya preestablecido, ocupando un lugar dentro de su familia. Es dentro de este contexto donde el niño o niña desarrolla y construye su identidad, tanto moral como socialmente en relación a las personas que tiene en su entorno (depende del tipo de discurso familiar en el que crezca, de las costumbres y tradiciones de este grupo, del peso de este grupo protector y educador, etc.). Entre otros aspectos, si el individuo no ha sido capaz de crear su propio lugar y su propia personalidad forjándose en sus referentes, será incapaz de ponerse en el lugar de los demás, incapaz de desarrollar empatía, incapacidad que favorece al desarrollo de prácticas violentas (Carrión, 2010). Gázquez, Pérez, y Carrión (2011), Díaz-Aguado (2006) y Martorell, González, Rasal, y Estelles (2009) señalaron en sus estudios la importancia tanto de la empatía, como del autocontrol (aspectos que la familia favorece y contribuye a su desarrollo), como elementos necesarios para evitar el uso de la violencia entre iguales.

A esta falta de empatía se suma, como factor o conductas de riesgo, la ausencia de solidaridad y sensibilidad con el grupo (Arroyave, 2012). Siguiendo con el estudio de los valores interpersonales que pueden marcar conductas de riesgo, a los anteriores se unen bajos niveles de conformidad y

benevolencia, obviando lo marcado por las normas y lo socialmente correcto, mostrando falta de generosidad y de capacidad para ayudar (Pérez-Fuentes, Gázquez, Molero, Soler, y Barragán, 2015).

Es en éste ámbito donde las conductas violentas observadas dentro del ámbito familiar o los casos de familias desestructuradas, familias donde el afecto brilla por su ausencia, poco cálidas, la presencia de castigos reiterados, castigos físicos; o, todo lo contrario, las familias que sobreprotegen a chicos y chicas tienen una influencia en el desarrollo de individuos con tendencias positivas al uso de la violencia (Arroyave, 2012; Estévez, Murgi, Musitu, y Moreno, 2008).

No podemos obviar la importancia y el peso del lugar donde los adolescentes pasan la mayor parte de su tiempo, el centro educativo. Los adolescentes cuyos actos violentos tienen lugar en el centro, perciben de éste una actitud negativa y un bajo apoyo, al igual que del profesorado (Estévez y Jiménez, 2015), es en este ámbito donde se debe atender a la relación de éstos con el centro como uno de los factores de riesgo ante el cual actuar. Estas conductas violentas se podrían interpretar según algunos autores (Estévez, Jiménez Moreno, y Musitu, 2013) como medidas de autoprotección llevadas a cabo cuando los adolescentes se sienten inseguros.

En relación con el centro educativo, pero en este caso con el tipo de centro y en un ámbito totalmente distinto al estudiado anteriormente, Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey (2013) comprobaron en sus estudios que el éste también es una variable a estudiar. En este estudio muestran que los jóvenes que están escolarizados en centros privados o concertados justifican el uso de la violencia en menor medida que aquellos jóvenes que están escolarizados en centros públicos. Este aspecto hace que el centro educativo de los adolescentes pueda ser un factor de riesgo a tener en cuenta en cuanto a la violencia llevada a cabo entre los iguales.

Vivimos en una sociedad compleja que nos sitúa ante el deber de analizar como factor de riesgo que uno de los problemas que más agravan los comportamientos violentos es la reproducción de conductas que tienen lugar en la sociedad actual, como puede ser las actitudes racistas, sexistas u homófobas. Dentro de este ámbito se deben estudiar las distintas emociones y valores morales de las cuales disponen los adolescentes que llevan a cabo actos violentos para poder afrontarlas e inferir en ellas (Díaz-Agudo, Martínez y Martín, 2013; Samper, Tur, Mestre, y Cortés, 2008).

En esta línea de investigación, encontramos estudios llevados a cabo por Haro y García (2014) donde muestran que los adolescentes que desarrollan actos violentos y de abuso carecen de los valores morales necesarios como para inhibir estas conductas. Presentan conductas de riesgo como son la ausencia de emociones de culpabilidad, vergüenza o empatía e incluso indiferencia ante la presencia de actos violentos hacia otros (Sánchez, Ortega, y Menesini, 2012). La memoria procedimental relacionada con la interacción con los demás y encargada de regular los afectos se desarrolla en edades muy tempranas, edades donde el contexto social actúa como contenedor y facilitador, determinando el mayor o menor uso de las creencias y utilización de los comportamientos violentos (Carrión, 2010). Es por este motivo y en relación con lo señalado con los autores anteriores, que son de igual importancia los factores de riesgo propios del individuo, como los que vienen influenciados por el contexto que rodea a agresores y víctimas (Swear, Espelage, Vaillacourt, y Hymel, 2010; Benbenisty y Astor, 2005)

Los agresores castigan a aquellos individuos de su entorno que según su criterio no se comportan de acuerdo al grupo o a lo considerable según su edad, entorno o género. Supone un factor de riesgo la competitividad social y educativa por la cual se rige el modelo de sociedad que actualmente vivimos ya que los agresores pueden percibir el éxito de sus iguales como una amenaza para ellos mismos. Cuando un igual presenta buenas calificaciones y un buen reconocimiento social puede suponer un motivo de venganza para aquel alumno que por diversas circunstancias carezca de él (Díaz-Agudo, Martínez, y Martín, 2013); siendo esta falta de implicación en el aula, de rendimiento académico y de relación con el profesorado un nuevo factor de riesgo (Martínez, Musitu, Amador, y Monreal, 2012).

En este mismo ámbito en una investigación llevada a cabo por Pulido, Martín, y Lucas (2011) se pone de manifiesto que la trayectoria académica es un factor a tener en cuenta tanto desde el punto de

vista de los agresores, sintiéndose inferiores a los iguales que comparten un buen estatus académico, como para las víctimas, pudiendo suponer una de las causas de sufrir violencia por parte de un individuo de su grupo de iguales.

Existe un factor que se debe considerar tanto factor de riesgo, como factor de protección debido su importancia y es la socialización (Polo del Río, León del Barco, Felipe, Fajardo, y Gómez, 2015; Oliva, Antolín, Estévez, y Pascual, 2012). Los primeros autores citados indican que se debe tener en cuenta el factor de riesgo asociado con estas relaciones sociales en autocontrol, ya que este autocontrol, junto con la consideración que se tiene hacia los demás son dos de las principales características de aquellos adolescentes cuyo medio de resolución de los problemas es el uso de la violencia.

La violencia entre iguales en muchas ocasiones se basa en la reproducción de conductas relacionadas con un modelo ancestral de dominio y sumisión, el cual también debe de ser un factor a tener en cuenta dentro de los distintos factores de riesgo (Díaz-Agudo, Martínez, y Martín, 2013). Estudios realizados por Cerezo y Ato (2010) y Postigo, González, Mateu, Ferrero, y Monterreal (2009) muestran que los adolescentes de sexo masculino muestran una mayor implicación en las acciones violentas (tanto en el ámbito de agresores, como en el papel de víctimas). Los adolescentes suelen ser los que llevan a cabo este maltrato a sus iguales, mientras que las adolescentes hacen de defensoras o espectadoras en mayor medida (Sánchez, Ortega, y Menesini, 2012). Los chicos presentan valores más instrumentales, egocéntricos y materiales a la hora de resolver conflictos, mientras que las chicas presentan conductas y valores más interiorizados (Martí y Palma, 2010).

Dentro de los distintos factores de riesgo de violencia en adolescentes, se encuentra un posible factor de los menos estudiados. Se trata de la posible relación entre la agresividad y el nivel de fuerza muscular (Rosa y García, 2016). Estudios realizados por Joeung, Hong, y Lee (2013) demuestran que existe una relación significativa entre algunos componentes de la actividad física y la fuerza muscular con componentes emocionales como la hostilidad o la agresividad. En la mayoría de los casos el estudio relacionado con violencia entre iguales se ha relacionado con el beneficio de actividades deportivas y físicas (Blasco y Orgilés, 2011), en lugar de estudiarse como un posible factor de riesgo. Tras analizar el estudio llevado a cabo por Rosa y García (2016), éstos sugieren que los escolares que presentan niveles superiores de fuerza muscular tienen una percepción de las conductas violentas entre iguales mucho mayor.

Ante esta problemática, estos autores nos advierten de que se debe atender a los casos en los que, presentando estas características físicas, puedan mostrarse ante los demás como individuos dominantes, rebeldes o poderosos en busca de popularidad y liderazgo ya que es en éstas circunstancias en la que no dudan adoptar roles agresivos ante sus iguales. En muchos de estos casos se ha demostrado que se llevan a cabo los actos violentos buscando un reconocimiento social por parte del grupo, buscando ser el líder (Farmer et al., 2010;), por este motivo este debe ser un factor de riesgo a estudiar a la hora de llevar a cabo actos violentos entre iguales. En muchas ocasiones la agresión no tiene lugar únicamente porque se busca el liderazgo, sino que compartir esta conducta es hacer y seguir lo que espera el grupo (Del Barrio y Meulen, 2016).

Como se ha mencionado anteriormente, la mayoría de los estudios relacionados con el ejercicio y la actividad física estudian los beneficios de ésta en relación con la agresividad, obteniendo una mejora tanto a nivel fisiológico como psicológico; debido a que la actividad física puede suponer un apoyo a la hora de controlar los impulsos y la agresividad (Chapin-Pinzón y Libia, 2011). Además, la realización de deporte o ejercicio físico contribuye a evitar un factor de riesgo a la hora de ser víctimas y es la insatisfacción con el propio cuerpo debido al peso y a las conductas alimentarias que los adolescentes pueden seguir (Eisenberg y Neumark-Sztainer, 2008).

Un factor de riesgo que no podemos perder de vista y que depende las terceras personas que rodean a los adolescentes que tienden al uso de la violencia con sus iguales es el peso que cobra el encasillamiento de un adolescente dentro de una categoría, por ejemplo, de adolescente violento. El peso

de la historia, el nombre y la mirada que se tiene hacia ellos de forma preconcebida afecta a cómo pensamos e interpretamos sus actos, además de a la forma o pautas a seguir a la hora de querer ayudarles (Carrión, 2010).

Otra conducta del individuo que se debe añadir a todo anteriormente expuesto, es la medida en la que los adolescentes de la sociedad actual justifican o se muestran favorables con el uso de la violencia. Oluyinka (2008) afirma que las creencias y actitudes favorables de los adolescentes hacia la violencia es una de las variables predictoras a la hora de ejercer conductas violentas.

Una de las principales variables relacionadas con las conductas violentas en la edad escolar o adolescencia ha sido la justificación y creencias favorables de las mismas. Estudios realizados por Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013, muestran que en la adolescencia el sexo masculino justifica más el uso de la violencia y la rechazan en menor medida los actos violentos en comparación con las chicas adolescentes. En este mismo estudio se analiza la relación del uso de la violencia entre iguales según la edad, poniendo de manifiesto que dicha justificación del uso de la violencia no varía en relación a la edad. Es destacable que la justificación de la violencia en relación con las minorías o la violencia de género sí disminuye a medida que aumenta la edad, aspecto que no influye en la violencia entre iguales según el estudio llevado a cabo por estos autores.

Estudios realizados por Díaz-Agudo y Martínez (2008) reflejan la importancia de conocer también el riesgo psicosocial de los jóvenes en relación a la postura que éstos adquieren ante un conflicto o situación de violencia. El riesgo alcanza el mayor nivel cuando los adolescentes participan en ella, un valor medio para aquellos que se muestran indiferentes y mínimo para quienes muestran una actitud negativa o de rechazo ante esta violencia, aumentando la importancia de este riesgo mínimo si defienden a la víctima de dicha violencia independientemente de quien se trate. Estos factores de riesgo se encuentran presentes en tres tipos de indicadores: indicadores relacionados con dificultades o problemas familiares (como por ejemplo el tipo de consejos ante las situaciones de violencia) y problemas para hacerse con un lugar en la escuela de inclusión y sin violencia (por ejemplo en aquellos casos donde se da un fracaso y una falta de reconocimiento positivo por iguales, pudiendo influenciar incluso la ausencia de un protagonismo positivo por parte de profesores); indicadores relacionados con la identificación de cualquier tipo de violencia (como puede ser entre iguales o hacia las minorías); y por último, indicadores cuando se produce una relación con grupos que previamente han vivido situaciones violentas y que pueden suponer un refugio ante situaciones anteriores de exclusión (Díaz-Agudo, Martínez, y Martín, 2013).

Al igual que se analizan las conductas y decisiones que los adolescentes toman a la hora de llevar a cabo conductas violentas, la autora Carrión (2010) nos indica que se deben tener en cuenta los perfiles autoritarios. Esta autora indica que la personalidad autoritaria está caracterizada por la tendencia a rechazar todo lo diferente y raro, percibiendo de este modo la realidad que rodea al individuo desde una perspectiva inflexible y rígida. Destacar que tras este perfil encontramos a adolescentes inseguros donde se ha tenido una educación marcada por dicha rigidez, o, por el contrario, una educación donde no se han marcado los límites y directrices para regir la propia conducta.

Hay otros perfiles en cuanto al ámbito emocional y en cuanto a los valores interpersonales que manifiestan aquellos jóvenes que desarrollan conductas agresivas que se deben tener en cuenta como conductas de riesgo, como por ejemplo el individualismo, pudiendo relacionarse con el mismo estilo autoritario, (Georgiou, Dousini, Michaelides, y Stavrinides, 2013); o la falta de amabilidad Fossati, Borroni, y Maffei, 2013).

### **Discusión/Conclusiones**

Teniendo en cuenta la importancia de los actos y las repercusiones de los actos violentos (Garaigordobil, Aliri, y Martínez-Valderrey, 2013) en cualquier situación y circunstancia, pero valorando aún más estas actuaciones en la adolescencia, ya que se trata de una etapa con muchísima trascendencia

en el transcurso de la vida de una persona (Berek, 2011; Garaibordobil, 2012) se deben de analizar en profundidad todas aquellas conductas o factores que pueden desembocar en el desarrollo de este tipo de conductas.

Vivimos en una sociedad conjunta donde la interacción con los demás es parte de nuestro día a día (Caldero, Salazar, y Caballo, 2012) y el llevar a cabo o sufrir las consecuencias de la violencia en la adolescencia puede llegar a tener grandes repercusiones que afecten a las habilidades sociales y a la capacidad de interacción con los demás (Undheim y Sund, 2010; Wolke, Copeland, Angol, y Costello, 2013).

En conclusión, la alarma social causada por la violencia entre iguales y su transcendencia a todos los niveles, especialmente dentro del ámbito educativo y de la salud (Chaín-Pinzón y Libia, 2011) y la gran cantidad y variedad de situaciones a las que los jóvenes se encuentran expuestos en el entorno social que les rodea (Mrug, Loosier, y Windle, 2008), requiere el estudio de las posibles conductas y factores de riesgo que puedan provocar estas situaciones para así favorecer la educación en valores desde los primeros años de vida del mismo, favoreciendo el desarrollo de valores cívicos y humanos como pueden ser el respeto, la tolerancia, la cooperación o la igualdad (García, 2015).

## Referencias

- Aguaded-Gómez, J.I. (2011). Niños y adolescentes: nuevas generaciones interactivas. *Comunicar*, 36(18), 7-8.
- Álvarez-García, D., Dobarro, A., Álvarez, L., Núñez, J.C., y Rodríguez, C. (2014). La violencia escolar en los centros de educación secundaria en Asturias desde la perspectiva del alumnado. *Educación XXI*, 17(2), 337-360.
- Álvarez-García, D., Rodríguez, C., González-Castro, P., Núñez, J.C., y Álvarez, L. (2010). La formación de los futuros docentes frente a la violencia escolar. *Revista de Psicodidáctica*, 15(1), 35-56.
- Arroyate, P. (2012). Factores de vulnerabilidad y riesgo asociados al bullying. *Revista CES Psicología*, 5(1), 118-125.
- Benbenishty, R., y Astor, R.A (2005). *School violence in context: Culture, neighborhood, family, school, and gender*. New York, Oxford University Press.
- Berek, L.E. (2011). Desarrollo de las diferencias entre los sexos y de los roles de género. En L.E Berek, *Desarrollo del niño y del adolescente* (pp. 679-729). Madrid: Pearson-Prentice-Hall.
- Berndt, T., y Perry, T. (1986). Children's Perceptions of Friendships as Supportive Relationships, *Developmental Psychology*, 22, 640-648.
- Blasco, M., y Orgilés, M. (2014). Aggression in under 18 soccer players: Differences in by sex and age and compared to basketballplayers. *Cuadernos de Psicología del Deporte*, 14(2), 21-26.
- Carmona-Torres, J.A., Cangas, A.J., Langer, A.I., Aguilar-Parra, J.M., y Gallego, J. (2015). Acoso escolar y su relación con el consumo de drogas y trastornos alimentarios: Comparación entre adolescentes de Chile y de España. *Behavioral Psychology*, 23(3), 507-527.
- Carrión, M.C. (2010). Intervención social en el abordaje y prevención de conductas e discriminación y violencia en adolescentes. *Cuadernos de Trabajo Social*, 23, 189-209.
- Castro, M., y Morales, M.E. (2013). Perspectiva de las personas menores de edad acerca de la violencia en los medios de comunicación: videojuegos, televisión y música. *Revista Electrónica Educare*, 17(3), 229-258.
- Cerezo, F., y Ato, M. (2010). Social status, gender, classroom climate and bullying among adolescents pupils. *Anales de Psicología*, 26, 137-144.
- Chahín-Pinzón N., y Libia, B. (2011). Actividad física en adolescentes y su relación con agresividad, impulsividad, Internet y videojuegos. *Psychologia: Avances de la Disciplina*, 5(1), 9-23.
- Del Barrio, C., y Meulen, K. (2016). Maltrato por abuso de poder entre iguales en el alumnado con discapacidad. *Pensamiento Psicológico*, 14(1), 103-118.
- Del Barrio, V., Carrasco, M.A., y Gordillo, R. (2009). Prevención de la agresión en la infancia y la adolescencia. *International Journal of Psychology an Psychological Therapy*, 9, 101-107.
- Díaz-Aguado, M.J. (2006). Sexismo, violencia, de género y acoso escolar. Propuestas para una prevención integral de la violencia. *Estudios de Juventud*, 73, 38-58.
- Díaz-Aguado, M.J., Martínez, R., y Martín, J. (2013). El acoso entre adolescentes en España. Prevalencia, papeles adoptados por todo el grupo y características a las que atribuyen la victimización. *Revista de Educación*, 362, 348-379.

Eisenberg, M., y Neumark-Sztainer, D. (2008). Peer harassment and disorder eating. *International Journal of Adolescent Medicine and Health*, 20, 155-16

Estévez, E., Moreno, D., Jiménez, T., y Musitu, G. (2013). From victim to aggressor: An analysis of the relationship between victimization and violent behavior at school. *Spanish Journal of Psychology*, 16(1), 1-13.

Estévez, E., Mugui, S., Musitu, G., y Moreno, D. (2008). Adolescent aggression: effects of gender and family and school environments». *Journal of Adolescence*, 31, 433-450.

Estévez, E., y Jiménez, T.I. (2015). Conducta agresiva y ajuste personal escolar en una muestra de estudiantes adolescentes españoles. *Universitas Psychologica*, 14(11), 111-124.

Farmer, T., Petrin, R., Robertson, D., Fraser, M., Hall, C., Day, S., y Dadisman, K. (2010). Peer Relations of Bullies, Bully-Victims, and Victims: The Two Social Worlds of Bullying in Second-Grade Classrooms. *The Elementary School Journal*, 110, 364-392.

Fossati, A., Borroni, S., y Maffei, C. (2012). Bullying as a style of personal relating: Personality characteristics and interpersonal aspects of self-reports of bullying behaviours among Italian adolescent high school students. *Personality and Mental Health*, 6, 325-339.

Garaigordobil, M. (2012). Cooperative conflict-solving during adolescence: relationships with cognitive behavioural and predictor variables. *Infancia y Adolescencia*, 35(2), 151-165.

Garaigordobil, M., Aliri, J., y Martínez-Valderrey, V. (2013). Justificación de la violencia durante la adolescencia: Diferencias en función de variables sociodemográficas. *European Journal of Education and Psychology*, 6(2), 83-93.

Garaigordobil, M., y Aliri, J. (2013). Relaciones del sexismo con justificación de la violencia, y con otras formas de prejuicio como la dominancia social y el autoritarismo. *Estudios de Psicología*, 34(2).

García, M.C. (2015). Por una escuela fraternal ¿Utopía o realidad? *Espacio y tiempo. Revista de Ciencias de la Educación, Artes y Humanidades*, 29, 103-126.

Gázquez, J.J., Pérez-Fuentes, M.C., y Carrión, J.J. (2011). Clima escolar y resolución de conflictos según el alumnado: un estudio europeo. *Revista de Psicodidáctica*, 16, 39-58.

Georgiou, S.N., Fousiani, K., Michaelides, M., y Stavrinides, P. (2013). Cultural value orientation and authoritarian parenting as parameters of bullying and victimization at school. *International Journal of Psychology*, 48, 69-78.

Haro, I., y García, B. (2014). Variables emocionales y sociomoraes asociadas con el tipo de rol que asumen los alumnos y alumnas en el maltrato entre iguales. *Apuntes de psicología*, 32(1), 15-23.

Hartup, W.W. (1992). Friendships and their Developmental Significance. En H. McGurk (Ed.), *Childhood Social Development: Contemporary Perspectives* (pp. 175-205). Hove (Reino Unido): Erlbaum.

Jeoung, B., Hong, M., y Lee, Y. (2013). The relationship between mental health and health-related physical fitness of university students. *Journal of Exercise Rehabilitation* 9(6), 544-548.

Keelan, C.M., Schenk, A.M., McNally, M.R., y Fremouw, W.J. (2014). The Interpersonal Worlds of Bullies Parents, Peers, and Partners. *Journal of Interpersonal Violence*, 29, 1338-1353.

Martí, M., y Palma, J. (2010). Jerarquización y preferencia de valores en los estudiantes de secundaria. *Revista Española de Orientación y Psicopedagogía*, 21, 603-616.

Martínez, B., Musitu, G., Amador, L.V., y Monreal, M.C. (2010). Violencia escolar en adolescentes aceptados y rechazados: un análisis de sus relaciones con variables familiares y escolares. *Psicología Teoría y Práctica*, 12(2), 3-16.

Martorell, C., González, R., Rasal, P., y Estellés, R. (2009). Convivencia e inteligencia emocional en niños en edad escolar. *European Journal of Education and Psychology*, 2, 69-78.

Mrug, S., Loosier, P.S., y Windle, M. (2008). Violence exposure across multiple contexts: Individual and joint effects on adjustment. *American Journal of Orthopsychiatry*, 78, 70-84

Muñoz-Mirallas, R., Ortega-González, R., Batalla-Martínez, C., López-Morrón, M.R., Manresa, J.M., y Torán-Monserrat, P. (2014). Acceso y uso de nuevas tecnologías entre los jóvenes de educación secundaria, implicaciones en salud. Estudio JOITIC. *Atención Primaria*, 46(2), 77-88.

Oliva, A., Antolín, L., Estévez, R., y Pascual, D. (2012). Activos del barrio y ajuste adolescente. *Psychosocial Intervention*, 21, 17-27.

Oluyinka, O.A. (2008). Social-psychological factors associated with bullying behaviour among secondary school students. *Journal of Psychology in Africa*, 18(2), 269-274.

- Pérez-Fuentes, M.C., Gázquez, J.J., Molero, M.M., Soler, F.J., y Barragán, A.B. (2015). Variables interpersonales relacionadas con el perfil del agresor y víctima en adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 15(2), 229-239.
- Pfiffner, L.J., McBurnet, K., y Rathouz, P.J. (2001). Father absence and familial antisocial characteristics. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 29, 357-367.
- Polo del Río, M.I., León del Barco, B., Fajardo, F., y Gómez, T. (2014). Análisis de la socialización sobre perfiles de la dinámica bullying. *Universitas Psychologica*, 14(3), 1117-1128.
- Postigo, S., González, R., Mateu, C., Ferrero, J., y Martorell, C. (2009). Diferencias conductuales según género en convivencia escolar. *Psicothema*, 21, 453-458.
- Pulido, R., Martín, G., y Lucas, B. (2011). La modalidad de agrupamiento educativo como variable relevante en el análisis de la violencia escolar. *Revista de Educación*, 356, 457-481.
- Radliff, K.M., Wheaton, J.E., Robinson, K., y Morris, J. (2012). Illuminating the relationship between bullying and substance use among middle and highschool youth. *Addictive Behaviors*, 37, 569-572.
- Rigby, K. (2008). *Children and Bullying. How Parents and Educators can reduce bullying at school*. Australia: Blackwell Publishing.
- Rosa, A., y García, E. (2016). Fuerza muscular y su relación con patrones de violencia en escolares de ocho a doce años. *Revista Digital de Educación Física*, 7(40), 64-78.
- Samper, P., Tur, A.M., Mestre, V., y Cortés, M.T. (2008). Agresividad y afrontamiento en la adolescencia. Una perspectiva intercultural. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8, 431-440.
- Sánchez, D., Muela, J.A., y García, A. (2014). Variables psicológicas asociadas a la ideación suicida en estudiantes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 14, 277-290.
- Sánchez, V., Ortega, R., y Menesini, E. (2012). La competencia emocional de agresores y víctimas de bullying. *Anales de Psicología*, 28(1), 71-82.
- Stassen, K. (2007). Update on bullying at school: science forgotten? *Developmental Review*, 27, 90-126.
- Swearer, S.M., Espelage, D.L., Vaillacourt, T., y Hymel, S. (2010). What can be done about school bullying? Linking research to educational practice. *Educational Researcher*, 39, 38-47.
- Undheim, A.M., y Sund, A.M. (2010). Prevalence of bullying and aggressive behavior and the irrelationship to mental health problems among 12-to 15-year-old Norwegian adolescents. *European Child and Adolescent Psychiatry*, 19, 803-811
- Wolke, D., Copeland, W.E., Angold, A., y Costello, E.J. (2013). Impact of bullying in childhood on adult health, wealth, crime, and social outcomes. *Psychological Science*, 24, 1958-1970.
- Zurita, F., Vilches, J.M., Cachón, J., Padial, R., Martínez, A., y Castro, M. (2015). Violencia escolar en adolescentes: un análisis en función de la actividad física y el lugar de residencia habitual. *Universitas Psychologica*, 14(2), 743-754.